

JUAN BAÑUELOS

A propósito del compromiso poético

No hay otro modo de decirlo bajo imperativo moral: se intenta inscribir la palabra poética en el espacio histórico que se inscribe a su vez en el tiempo histórico. Esto último no atraería ningún problema siempre y cuando se mantuviera la conciencia de la realidad de fragmento que ese espacio significa en relación con el tiempo en el cual se inscribe. Precisamente esto es lo que tiende a olvidarse: el espacio histórico es un fragmento del tiempo histórico, el texto es fragmento, su escritura también. Lo que se olvida entonces es la imposibilidad de *continuum* de la escritura de cara al acontecimiento histórico. A suspensión, a escritura suspendida: a eso obliga la realidad histórica.

Las distintas realidades apremiantes que el ser humano soporta en su presente histórico trastocan su vida configurándole algo así como un destino, al menos un destino personal, si ya no comunitario: ¿por qué no deberían ingresar éstas al poema? El problema no es temático: es lingüístico. No hay, en el siglo XX, “lenguajes exclusivos”. La poesía del siglo XX no es sólo experimental en cuanto a su búsqueda significativa. Es una poesía semánticamente desbordada, fuera de contención, de área extralimitada. En esto sí hay acuerdo: en el siglo XX se asiste al fin de la palabra poética. Todas las palabras pueden ser poéticas en el sentido de la intencionalidad que las sustenta,

del contexto en que se inscriben, del peso que se les otorgue. Pero no de una significación oculta que las circunscriba a una familia especial. La palabra poética en el siglo XX parece haber despertado de su sueño de exclusividad por gracias y desgracias de la historia. Su peso presente no depende de un retorno a un origen semántico perdido. Depende de una valoración de sentido otorgada. Alrededor de este tema giran tanto la conciencia cuanto la inconciencia de la realidad por la que atraviesa la palabra poética de cara a la historia y de cara a sí misma. El problema ahora, aquí, es poesía e historia —no sólo memoria: construcción de la historia, vivencia de la historia—, poesía y realidad, nuevamente planteado el problema de la tensión o la falta de tensión entre lenguaje poético y mundo.

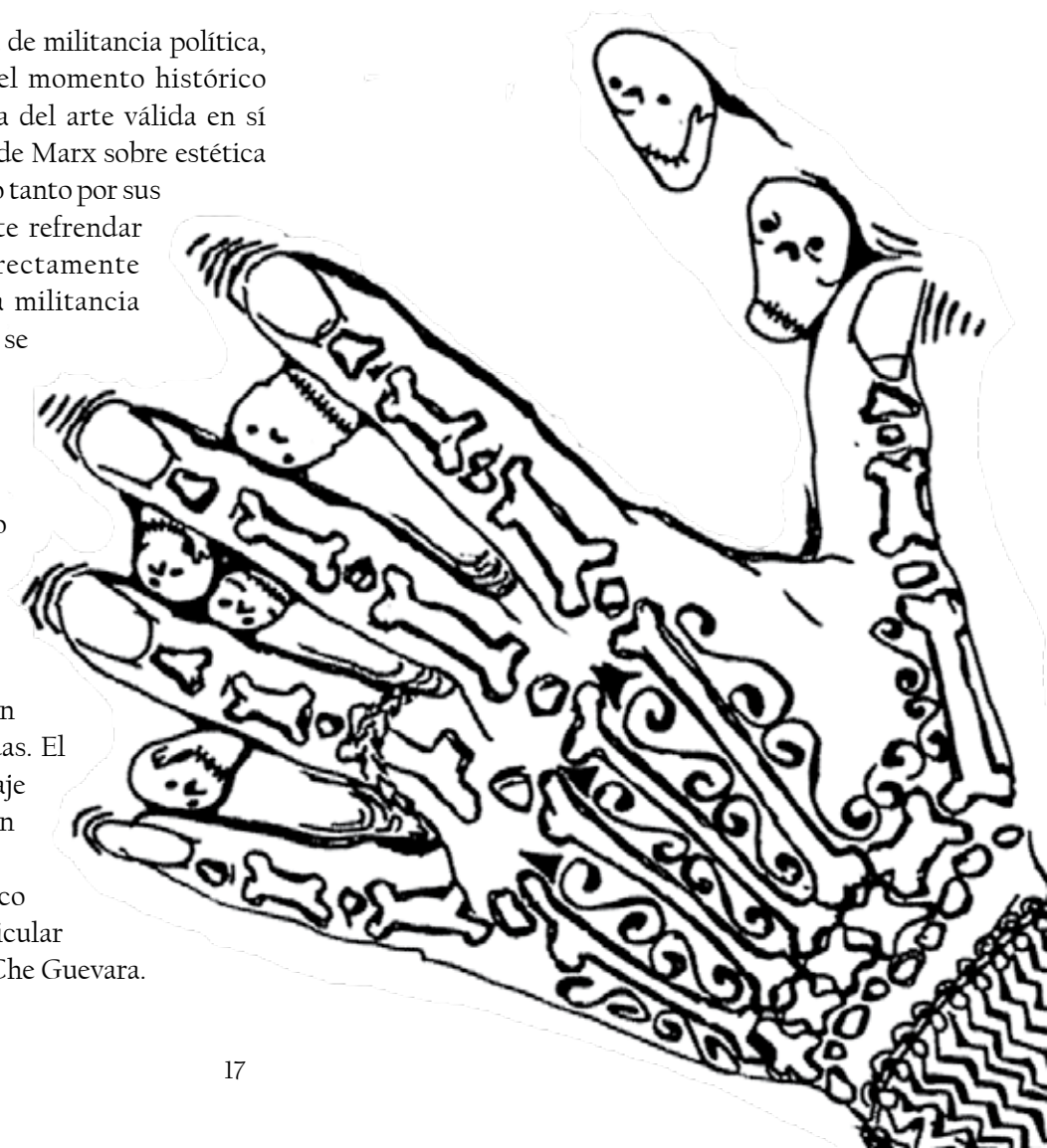
Vuelve entonces la pregunta: ¿es posible escribir poesía en el presente que no testimonie el estado del mundo, que no atraiga o llame la atención del lector no sólo sobre el lenguaje poético mismo sino también sobre el mundo que el poema refiere y en el que se inscribe? La respuesta puede ser la misma que dieron los poetas de la década de los años sesenta del siglo pasado. La misma, agravada sustancialmente. O ya no la misma. En la década de los años sesenta del siglo XX la *opción del compromiso poético-político* era eso: una opción. Era posible, por ejemplo, ser un militante

EDUARDO MILÁN

1 Cuando quiere dar la realidad apremiante, la palabra poética pierde tensión. Ocurre en *Espejo Humeante* de Juan Bañuelos. Pero no es un problema privativo de la poética de Bañuelos en ese libro. Es un problema, el problema, de la poesía que guarda una relación de estrecho vínculo con la realidad histórica, que escucha a la realidad histórica con mayor atención que a la palabra poética. La conmoción de la realidad histórica parece obligar lingüísticamente al poema. Está confundida con el presente. O es *todo* el presente. O lo verdaderamente *significativo* del presente. Integra, incluso, al presente de la escritura. Parecería condenar al lenguaje con un imperativo moral por encima de sí mismo. Parecería someter al lenguaje a ocupar un lugar de ejercicio de no distancia, de no mediación, demandarle una transparencia que el lenguaje no tiene, menos aún el poético cuyo espesor insiste en llamar la atención sobre sí mismo.

político y escribir una poesía fuera de militancia política, fuera, inclusive, de testimonio del momento histórico vivido. La poesía como una forma del arte válida en sí misma —apoyada por los escritos de Marx sobre estética clásica (Sánchez Vázquez, 1972), no tanto por sus intérpretes— podía perfectamente refrendar esa posición. Salvo para los directamente involucrados en la práctica de la militancia política —poetas y lectores— no se trató de un tema neurálgico. Se ejercía una comprensión estético-poético-política por parte de los practicantes de la opción poética historizada sobre los poetas que no compartían esa actitud, precisamente porque la conciencia política del periodo de la guerra fría y luego de mayo del 68 fue una conciencia política minoritaria en relación a las problemáticas tratadas. El problema se manifiesta en el lenguaje de los poetas que adoptaron la opción del compromiso poético-político.

Un ejemplo de colapso histórico para la izquierda mundial y en particular latinoamericana fue la muerte del Che Guevara.



PRIMER RETRATO FIEL DE MI MANO —LA IZQUIERDA— HECHO CON MI DERECHA (DETALLE ESPEJADO) / PLUMA Y TINTA SOBRE PAPEL

La muerte de esa personalidad histórica heroica en las circunstancias en que se dio generó la indignación de un sector de la población mundial consciente que incluía de manera especial a los artistas. Ante ese hecho muchos poemas se escribieron en estado de conmoción causada, específicamente, por la significación histórica de esa muerte. No conozco ningún ejemplo de legitimación de ese acto, una verdadera “ejecución”. En *Espejo humeante* Bañuelos escribe su poema sobre la muerte del Che: “¿Buscar la tinta en el fondo de los ojos? De ningún modo./ Por lo tanto pongámonos de acuerdo: esto no será un poema. Bueno, al menos yo no quiero.” (Bañuelos, 2000: 169). Ese recurso a la negatividad —el no querer el poema, la negativa a que “eso” sea un poema debido a las circunstancias puntuales en que aparece el dilema— no es exclusivo de Bañuelos. Su rastreo en dos generaciones contiguas, la de Jaime Sabines y la de José Emilio Pacheco, arroja ejemplos. En “Algo sobre la muerte del mayor Sabines” el autor, en uno de los momentos climáticos de desatada expresividad del texto, dice: “¡Maldito el que crea que esto es un poema!” (Sabines, 1999: 249), poniendo sobre la mesa el planteo de un deber ser del poema que se sitúa más allá del acto textual, literalmente más allá por tratarse de una muerte, puntual, dolorosamente más allá por tratarse de la muerte de su padre. ¿Qué poema es capaz de “dar el tono” de una muerte semejante? Ningún poema alcanza. En “Carta a George B. Moore en defensa del anonimato” José Emilio Pacheco dice: “En vez de responderle o dejarlo en silencio/ se me ocurrieron estos versos. *No es un poema./* no aspira al privilegio de la poesía...” (Pacheco, 2000: 302-3)¹.

Los tres casos tienen su explicación propia. En el del poema de Bañuelos, la figura de Ernesto Guevara se dispara de la contingencia y lo abarca todo: una cercanía inaprensible que desborda todo decir, una inmediatez que simplemente “no se entiende”, lo cual otorga un *más* de significación que el poeta no puede agenciarse y traducir en lenguaje. Como en el caso del poema de Sabines, el acto poético no alcanza. Los dos ejemplos están marcados por la afectividad hacia una entidad exterior al texto que plantea la conmoción interna, una escisión en la conciencia que demanda acción y a la vez niega —no su posibilidad— su

¹El subrayado es mío.

efectividad. Es un motivo fantasmático que merodea ambos textos: el de Hamlet. Ante la obligación de decir lo indecible el poeta niega no el acto: lo que resulte de él, porque está, con duda, condenado a esa acción. El ejemplo de Pacheco es más cultural. Su motivo —lo es en todo el texto— es la pertinencia de la acción poética en determinados contextos —el de explicar su deber ser, por ejemplo— aunque logre su justificación con apoyo en la tradición clásica.

En cualquier caso, los tres ejemplos hacen uso de una negatividad que atiende o bien a la exclusividad poética o bien a la exclusividad temática. Una u otra no están en su lugar. Desde la óptica del poema (desde la óptica de la presencia del mundo) ese dilema no debería manifestarse imperativamente como un superyó mundano que obliga a la aceptación de algo que está fuera de lugar o dislocado de su lugar primero². Lo que hay en esa aparente acción de renegado respecto de la tarea poética, ese arrepentimiento que no se completa como tal porque finalmente el poema sigue existiendo, se registra como entidad pese a sí mismo o pese a un fragmento de sí mismo, conciencia extra que se propone hablar de lo que no se debe, explicitar sus mecanismos internos, revelar su contradicción como tierra no exenta de conflicto —cualquier poema puede tocar el Paraíso pero ningún poema lo es—, todo eso junto y más, se trata de una tensión de raíz histórica decimonónica que se proyecta explosivamente en el

² Conozco un solo poema dedicado a Ernesto Guevara en ocasión de su muerte que asume la realidad lingüística como materia prima trastocada por el acontecimiento, no como culpa ni como negatividad latente. Es el texto del poeta uruguayo Salvador Puig (1939), “Al comandante Ernesto Che Guevara”:

Las palabras no entienden lo que pasa
 las vocingleras las oscuras las dóciles
 las que llaman las cosas por su nombre
 las que inventan el nombre de las cosas
 las palabras que dije o me dijeron
 las que leí en los libros las que escribo
 las que pensé mirando una ventana
 las que acercándose al silencio gritan
 las que al tocar el fuego se desfogan
 las que truecan los trinos y los truenos
 las que sirven la mesa de mi casa
 las de la líquida caligrafía
 que cae por las paredes de la escuela
 las que dicen a dúo el pez y el pájaro
 las palabras que tuve o que no tuve
 para llamar al mundo y que viniera
 las que tienden un hilo minucioso
 que va de los balcones a las bocas
 y de las bocas a la historia y pasan
 las que pasan la noche entre papeles

siglo XX y cuenta, en su acarreo de motivos propicios para que suceda, con la explosión de la vanguardia de las tres primeras décadas del mismo siglo. No se trata, al menos no únicamente, de una “dicción generacional” o de la continuidad de la línea crítica de la Escuela de Frankfurt en cuanto a la obligación, pautada por Adorno (2005) en particular, de sombrear el poema de negatividad como condición ética de seguimiento luego de la barbarie cuyo clímax son los campos nazis de exterminio.

2

La salida de Bañuelos no es por la tangente: es por el mito, bajo el amparo del mito. La poesía de Bañuelos recorrió aguas arriba la línea trazada por lo que se entiende representativamente como poesía de compromiso político. En la América Latina de los años sesenta del siglo pasado esa experiencia poética se podía sintetizar en un texto donde el lenguaje poético estaba en dependencia estricta de lo que quería transmitir, en la mayoría de los casos, motivos de aliento o pautas de conciencia que alertaran a las colectividades sobre el presente crítico y la inevitable transformación social encuadrados en el devenir histórico. Lenguaje vehicular en el cual la autoconciencia lingüística en general brillaba por su ausencia. Lenguaje que se ponía en segundo lugar —si es que había en los textos poéticos ese compás de

o suben la escalera del insomne
 y se introducen en su sueño a ciegas
 las que ordenan el ruido en los rincones
 las que barren el vómito de rabia
 las que saltan del fémur a la luna
 las que cortan la sombra calcinante
 las que labran un nombre en una piedra
 para mejor perpetuar el olvido
 las que bajan al árbol por el aire
 y se trepan al cielo por el tronco
 las que mastican un cangrejo lento
 las que anuncian el fin de la cuaresma
 las que le quitan miedo al asesino
 y lo dejan dormir le montan guardia
 las que no sangran aunque se las hiera
 las que no mueren aunque se las mate
 las que roban futuro en un embudo
 las que administran mitos y virtudes
 las que mantienen trato con el viento
 las que advierten el agua incinerada
 las que abren los labios de la tierra
 buscando el astrolabio de tu grito
 las que te dicen sin creer que oyes
 vuelve a pelear Ramón aunque te mueras
 las palabras no entienden lo que pasa.
 (De *Antología de la poesía rebelde hispanoamericana*, 1967).

ESTUDIANTE / GRABITO SOBRE PAPEL / 28 X 21 CM

espera— respecto de la realidad que quería retratar. Y retratar —sin la complejidad fotográfica que afecta el objeto. Más que una metáfora visual aplicada al texto, parece el verbo ilustrativo de esa aventura que se esforzó en “dar una imagen” de lo que ocurría en el presente histórico pasando por encima del lenguaje poético que es materia estrictamente organizada con sentido estético. Ese “olvido del lenguaje” no fue tal. Fue una pérdida de tensión ocasionada por lo que se entiende en un momento histórico como prioritario para determinados fines.

Al margen de la condicionante histórica sobre la cual es válida toda discusión, los resultados que arroja la experiencia poético-política del lenguaje son de una pobreza inusitada, casi una parodia de la pobreza a la cual la transformación social a la que servía el lenguaje poético intentaba combatir. Se trata de un razonamiento impecablemente ético y pobremente estético, como si ambas dimensiones estuvieran para siempre enfrentadas: dada una realidad apremiante e inhumana, el lenguaje artístico debe simplificarse al máximo, “transparentarse” para que esa realidad aparezca con nitidez. Lo que se hipoteca en esa operación es, por lo menos, grave: la densidad estructural de la realidad que por diversas operaciones de rebajamiento queda reducida a la simplificación del lenguaje que la representa. Así, la realidad se vuelve prácticamente obvia. Y también las necesidades. Y las medidas y las estrategias de transformación. Esa simplificación de la realidad la convierte en fácilmente “comunicable”, palabra clave en el proceso de re-orientación estética. Se trata de hacer una poesía “comunicativa”. Pero cuando se habla de “comunicación” no necesariamente se está tomando en cuenta la “comunicación estética”, que puede ser o no ser “entendible”. Ciertamente, por ejemplo el arte abstracto, reviste un menor grado de “entendimiento” para el receptor.

Este encadenamiento de sobrentendidos generó una red de complicidades entre emisor y receptor poéticos difícil de fisurar. ¿Cómo salir de un entramado histórico que demanda conciencia política pero que juega con la conciencia estética en forma de escamoteo y alguna vez de chantaje? No se ha escrito todavía el capítulo de la poesía comprometida políticamente desde la asunción de su fracaso estético. El saldo del desgarramiento del tejido social de sociedades enteras, sobre todo al sur de América Latina, la degradación

incesante de las distintas realidades sociales desde el fracaso histórico de los ideales de transformación (décadas sesenta y setenta del siglo XX) hasta el momento presente parecen haber sido castigos suficientes para que la crítica olvide los vaivenes del lenguaje poético de esa época precisa. Esta no es una cuestión resuelta, quizás ni siquiera debidamente discutida. Esta es una cuestión abandonada. Llama poderosamente la atención que críticos de la capacidad de penetración de Saúl Yurkievich (1997) o Guillermo Sucre (2001) no debatan este tema. Como una verdadera paradoja histórica, en el sentido en que fue la literatura latinoamericana (poesía, crítica, ensayo) la que tomó la delantera propositiva respecto de la literatura escrita en España durante y luego del franquismo, hoy la crítica poética española aborda de una manera mucho más específica el tema de los nexos posibles entre poesía y realidad. Ahí están los ejemplos de Miguel Casado, *Caminar sobre hielo* (2001) y *La poesía como pensamiento* (2003) y *Poesía sin mundo* (2004) de Antonio Méndez Rubio, trabajos especialmente lúcidos relativos a una problemática que está lejos de haber desaparecido del horizonte de la discusión estética. O el brillante trabajo del latinoamericanista inglés William Rowe, *Hacia una poética radical. Ensayos de hermenéutica cultural* (1996). La pregunta aquí es: ¿cómo se sale de esa trama retórica sin una pérdida ética irremediable?

3

José Lezama Lima, ante el mismo acontecimiento citado, la muerte de Ernesto Guevara, escribe un poema insólito no sólo en el contexto de los poemas escritos bajo ese preciso designio histórico. Insólito porque parece prever, cobijado por el efecto anticipatorio que parece revestir el barroco cuando es actitud y no sólo realización, la redimensión que adquirirá la historia latinoamericana bajo el signo del mito. Una “historia mitificada” tal vez. Pero en un sentido literal. Lezama Lima, en ese texto en prosa poética, “Ernesto Guevara, comandante nuestro”, sitúa al Che en el territorio de los héroes trágicos en un ámbito latinoamericano transfigurado, en el mismo espacio donde cohabitan Viracocha y Tupac Amaru.

En no menos insólito efecto de barroco devenir que recuerda las previsiones de *Mil planicies* de Deleuze y Guattari, dice Lezama Lima del Che: “Saltaba de chamusquina para árbol, de aquileida caballo hablador

para hamaca donde la india, con su cántaro que coagula los sueños, lo trae y lo lleva” (1988: 133). El personaje va de mano en mano, de rama en rama, está en todas partes, omnipresente como nunca y cotidiano como siempre. Pero ese espacio no es la historia, al menos no una historia verificable en la experiencia. Es el lugar de la historia de la imaginación, donde la posibilidad utópica delimita terreno a sus anchas. Es el espacio lingüístico de la fundación donde cada acontecimiento que trasciende la mera contingencia ocupa un lugar y entra a jugar en su dominio mediante reglas que la imaginación establece. El acto es de proteger y resguardar, de hacer partícipe a la historia de un suceder mayor.

Esa sería la función de la imaginación respecto del lenguaje histórico: ir al rescate de acontecimientos que sobrepasan el simple avatar mundano, con o sin —en el caso de Lezama parecería que la alternativa se resuelve en envío positivo— redención. Esto último pensado, claro está, desde la posibilidad de un envío a la memoria colectiva para asegurar transmisión y descendencia. No implica un modo de enfrentar la realidad presente desde el punto de vista de la palabra poética. Es muy probable que si la poesía no enfrentara en el presente una demanda ética en el sentido de su capacidad o posibilidad de testimoniar no sólo el mundo sino la propia situación de la poesía ante el mundo, la reflexión crítica —en caso de haberla— habría dado por cancelado, sin discusión, el momento histórico de la poesía comprometida. Sucede que el tiempo histórico presente revela una agudización de la problemática sociopolítica a nivel mundial a raíz de la implantación del modelo económico neoliberal y su nefasta implicación en las realidades particulares de cada país o de cada segmento continental. La realidad de América Latina ha profundizado a extremos inconcebibles en su breve historia sus niveles de degradación humana, social y cultural. ¿Cómo interviene el lenguaje poético en este trance histórico? Si se quiere, ¿debe el lenguaje poético intervenir en esa realidad desde su palabra? ¿Qué es la palabra poética ante una mundialización de facto que ha resultado en políticas económico-estratégicas también de facto? El compromiso como creación de un ámbito mítico que pudiera incluir la historia —la historia ya no como discurso que sustituye al mito, inhabilitándolo, sino con la posibilidad de habitar el mito conjuntamente con otros discursos— está

implícito en la poética de Lezama Lima desarrollada en el texto mencionado. Parece ser una propuesta de construcción de un imaginario poético incluyente. Pero no es ni por asomo un intento de respuesta presente a una problemática explícitamente demandada desde ese mismo presente: ¿cómo escribir en este tiempo de cara a la especificidad del lenguaje poético y de cara a la gravedad del presente histórico sin caer en culpa ni en chantaje y con la conciencia del fracaso histórico-estético de una tentativa anterior que una memoria poética testimonia a la vez que advierte sobre los peligros de una “estética del compromiso”.

4

Algo que aparece como una paradoja es el aire de intemporalidad que envuelve a la *Obra reunida* de Bañuelos. Los libros de poemas no están fechados: se despliegan sucesivamente sobre un fondo que suponemos, en efecto, mítico en el sentido de una

posible re-fundación de la memoria. Digo “paradoja” en este aspecto: los textos de Bañuelos son fuertemente temporales. Su escritura no es mimética en el sentido de que repita una cierta norma del habla como lenguaje conductor de un efecto de verdad considerado necesario para ofrecer la realidad cambiante. Hay que hablar de una inclinación metafórica en la obra de Bañuelos, de una tendencia: no es posible hablar de barroquización del discurso poético porque no hay, en la casi totalidad de esta obra, una voluntad de escritura como oscurecimiento: está presente de manera continua el deseo de una escritura testimonial. Aún en los frecuentes textos de motivo amoroso el autor mantiene un equilibrio comunicativo que a veces privilegia la función estética del lenguaje y a veces la fátiga.

Es el último libro de esta *Obra reunida* el texto que se ocupa de actuar como síntesis de una escritura que arrancó como diálogo con la realidad histórica y

ROLANDO Y EL BLUE SE CONOCEN / DETALLE DEL COMIC ROLANDO TROMAS / ED. 9/20



LA APARICIÓN HISTÓRICA DE LA PALABRA QUE PROMUEVE EL MOVIMIENTO ZAPATISTA REPLANTEA EL PROBLEMA DE LA PALABRA EN EL CONTEXTO SOCIAL, SU FUNCIÓN DINAMIZADORA Y CRÍTICA EN UN ENTORNO POLÍTICO SOCIAL EN EL QUE LA PALABRA —Y ESTO NO ES PRIVILEGIO DE NUESTROS MUNDOS “POSTERGADOS”— ESTÁ COMPLETAMENTE DEVALUADA

—momentáneamente— se suspende con el auxilio de una palabra “mitificada”. Se trata de un libro de recomienzo, de refundación. Su colocación al final de la *Obra* explica una voluntad de retorno, la sustitución, en el texto, de la linealidad textual histórica por una circularidad temporal más apegada a una idea de intemporalidad en términos de la noción *devenir* occidental. *Nómadas de la aurora boreal* tiene este aviso a pie de página: “Poemas de un libro en preparación sobre la memoria maya (antes y después de 1994)”. Hay dos temas a considerar sobre este interesante texto de Bañuelos. En primer lugar, el señalamiento histórico marcado por la fecha “1994”. Se trata de una indicación de un acontecimiento trascendental para la historia reciente: el levantamiento indígena del primero de enero de 1994 dirigido por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Esa mención dejaría de ser significativa si su limitante fuera el simple mojón histórico. Se trata, en cambio, de un verdadero sistema de referencias ideológicas que trasciende en mucho su simple coyuntura espacio-temporal. Hay un repertorio de valores en juego, una visión del mundo que desencadena —para el mundo, no sólo para el mundo indígena maya, no sólo para el mundo indígena, no sólo para México ni tampoco únicamente para América Latina— un orden de posibilidades de transformación. Lo significativo es que al margen de la emergencia histórica, pero sosteniéndola, hay un reposicionamiento de cuestiones que adquieren, de la noche a la mañana literalmente, un efecto de desvelamiento. Es la aparición en el escenario visible de un mundo excluido, casi invisible: el mundo

indígena mexicano, especialmente, el mundo indígena territorializado en la zona maya. Y no se trata de la aparición “clarificada” de los actores de la emergencia: los hombres y mujeres zapatistas aparecen —por razones de seguridad, sin duda, pero evocadoras de un trasfondo donde la máscara actúa como cobertura de la posibilidad de verdad bajo el signo de esta paradoja: encubierta la verdad se desvela— con el rostro semicubierto, apenas mostrado por la “ventana” de la mirada. Así, el rostro está entreabierto o semicerrado, según el ángulo de interpretación del que mira.

La peculiaridad de ese movimiento no reside, sin embargo, en las características de su aparición histórica y humana individual o en su contingencia o en su calidad sociológica “emergente”: reside en su capacidad de hacer uso —un uso particular, creativo— del lenguaje que los anuncia y delimita su aparición, un uso creativo de la palabra. La *aparición histórica de la palabra* que promueve el movimiento zapatista replantea el problema de la palabra en el contexto social, su función dinamizadora y crítica en un entorno político social en el que la palabra —y esto no es privilegio de nuestros mundos “postergados”— está completamente devaluada. La revaloración no se da sólo al devolver legitimidad a la palabra como vehículo de verdades constatables en los hechos, o sea, como disipación de la niebla de extrañamiento entre palabra y suceso. Se da, en especial, por la reinclusión de la palabra en un ámbito discursivo al que podríamos llamar mítico donde el peso del discurso se apoya en un principio de identidad entre palabra y cosa y entre palabra y acontecimiento. No, como lo enseña

el logocentrismo occidental, en la separación entre palabra y referente o según la explicación teorizada por De Saussure sobre la “arbitrariedad del signo”, negación de cualquier equivalencia o relación causal entre signo y cosa. Extraño resulta ser que la (re)aparición tanto de la palabra cuanto del levantamiento indígena, dos fenómenos interdependientes y paralelos no sólo en el tiempo sino también en lo simbólico, tengan una resonancia poético-histórica en el deseo mallarmeano de “dar un sentido más puro a las palabras de la tribu”³. Dicho de otro modo: si la poesía era el arte encargado históricamente de purificar el lenguaje, cuya tarea asignada era —según varias tradiciones— su misma razón de existencia, no es poco sorprendente que una revaloración del lenguaje “comunitario” (o su deseo, o el esbozo de un cumplimiento mayor *a posteriori* pero, sin duda, la apertura hacia ese claro ya está específicamente señalizada en el discurso zapatista) provenga ahora de un acontecimiento histórico cuando —según la razón poética occidental posromántica— fue la misma historia la encargada de desacreditar a la palabra —y a la palabra poética en su especificidad. Sin querer confundir palabra en su uso común, intercambiable, denotativo y comunicativo, con palabra poética, resulta casi paradójico que desde la misma turbamulta caótica surja el señalamiento-guía sobre la necesidad urgente de reasignarle el valor a la palabra. No tengo dudas de que esto es posible por la fuente en la que bebe esa revaloración: el discurso mítico fundador que otorga un valor extrañamente activo a la palabra, un valor “encarnado” en un ámbito en el que *el nombre es la cosa*. Sin embargo, en el discurso zapatista el elemento crítico del mismo discurso va a la par de la revaloración de la palabra—acto comunitario”, como si una muy presente conciencia de la credibilidad de lo dicho mantuviera a la escritura en estado de vigilia. El discurso entonces se vuelve un acoplamiento, una amalgama de registros donde uno alumbra y resguarda al otro y mantiene en todo momento el efecto de verosimilitud del lenguaje. Las lecturas del Subcomandante Marcos no terminan en el Chilam Balam ni en el Popol Vuh ni en el Inca Garcilaso ni en Guamán Poma. Tampoco en Eduardo Galeano ni en José María Arguedas: lo hacen —si es que lo

hacen— en Michel Foucault, en Jacques Derrida, en Maurice Blanchot. Y en Rulfo y en João Guimarães Rosa. En términos de un entrecruzamiento genérico en la literatura latinoamericana, lo que el *boom* narrativo de la década de los sesenta “tomó prestado” a la poesía ahora es devuelto como posibilidad a la misma poesía. Para esto tuvo que mediar el reconocimiento del origen mítico de nuestras fundaciones discursivas. Y también, la visión de que la contingencia histórica que se hizo puntual estaba trabada mítica, escatológica y utópicamente con la “visión de los vencidos”.

Este ámbito de acción de la palabra hace posible *Nómadas de la aurora boreal*. El otro aspecto a tratar es la cuestión de la escritura. Sólo una escritura deliberadamente fragmentaria cumple con el mismo requisito de verosimilitud —el requisito crítico de un discurso en entredicho temporal, puesto ahí a contratiempo de la historicidad dominante de los últimos dos siglos pero sin prescindir de ella— en el proceso de revaloración del mito en este momento histórico. Si no es posible reflatar discursos —eso es, visiones del mundo— fuera de tiempo, tampoco es posible mimetizar lenguajes de aquellos discursos imposibles. En palabras de Bañuelos: “Con su hilera de ciegos —levemente tomados de la mano— la Cordillera inicia el bello sueño de una almendra” ☞

Bibliografía

- Adorno, Theodor W. (2005). *Crítica de la cultura y sociedad* (2 Tomos). Madrid: Akal.
- Bañuelos, Juan (2000). *El traje que vestí mañana. Obra reunida*. México: Plaza y Janés.
- Casado, Miguel (2001). *Caminar sobre hielo*. Madrid: Antonio Machado libros.
- Casado, Miguel (2003). *La poesía como pensamiento*. Madrid: Huerga y Fierro.
- Lezama Lima, José (1988). *Muerte de Narciso. Antología poética*. Selección y prólogo de David Huerta. México: Era.
- Méndez Rubio, Antonio (2004). *Poesía sin mundo. Escritos sobre poética y sociedad*. Junta de Extremadura.
- Pacheco, José Emilio (2000). *Tarde o temprano. (Poemas 1958-2000)*. México: Fondo de Cultura Económica. Colección Letras mexicanas.
- Antología de la poesía rebelde hispanoamericana* (1967). Montevideo: Banda Oriental.
- Rowe, William (1996). *Hacia una poética radical. Ensayos de hermenéutica cultural*. Rosario: Beatriz Viterbo-Mosca azul editores.
- Sabines, Jaime (1999). *Recuento de poemas. 1950/1993*. México: Planeta.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1972). *Las ideas estéticas de Marx*. México: Era.
- Sucre, Guillermo (2001). *La máscara, la transparencia. Ensayos sobre poesía hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Yurkievich, Saúl (1997). *Suma crítica*. México: Fondo de Cultura Económica.

³ “Il faut donner un sens plus pure aux mots de la tribu”, dice Mallarmé.